

PALABRAS DEL PRESIDENTE EMÉRITO

Guillermo Soberón¹

Con la humildad que me da el saber que estoy por debajo de los conceptos que sobre mi persona se han expresado, hago uso de la palabra en forma breve pues sólo intentaré compartir con ustedes dos sentimientos que son relevantes en esta, para mí, memorable ocasión: mi buena fortuna a través del espacio y del tiempo que delimita mi actividad profesional y mi más profundo agradecimiento a tantos y tantos que hicieron posible la labor realizada.

He sido, ciertamente, muy afortunado por varias razones:

- haber podido obtener una educación formal en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad de Wisconsin;
- aprehender el conocimiento, en el fragor del trabajo cotidiano en las instituciones a las que he podido servir.
- ejercer el magisterio, tanto en el pregrado como en el postgrado:
- haber realizado investigación científica;
- militar en las filas de la difusión del conocimiento;
- practicar la administración académica;
- haber cultivado distintos campos; en efecto, pude asomarme a la medicina interna, particularmente a la endocrinología, lo que me llevó a incursionar en la bioquímica primero, y en la biología molecular después;

¹ Presidente Emérito, Fundación Mexicana para la Salud

- penetrar en los intrínquilis de la educación superior;
- porfiar en los menesteres de la salud pública sobre todo en lo que atañe al mejor funcionamiento del sistema nacional de salud; y, en fin.
- propiciar el desarrollo institucional;

Todo se fue acomodando armoniosamente y todo concurrió a darme una visión integral del cuidado de la salud; todo ha sido altamente motivador y me dio oportunidades y productos: trabajos publicados, recursos humanos altamente calificados, nuevos escenarios docentes y culturales, así como el fortalecimiento y la creación de nuevas instituciones.

También me considero muy afortunado porque habiendo surgido de las filas académicas, he podido disfrutar de las posibilidades complementarias del sector público y del sector privado. Todo ha sido, ciertamente, muy reconfortante.

El trayecto recorrido no hubiera sido posible de no haber contado con el estímulo y la enseñanza de los muchos que me han acompañado en el camino:

- En primer lugar debo referirme a mi familia, tanto a la de mi casa paterna, mis padres y mis hermanos, como a la que yo mismo forme con una extraordinaria compañera a mi lado. Cuarenta y siete años de una vida matrimonial sólida y feliz dejaron seis excelentes hijos y once nietos muy queridos. Hace cuatro años perdí a la madre de mis hijos y su ausencia, sin duda, ha pesado; no obstante, ha sido bálsamo reparador la constante compañía de mis seres queridos que, por cierto, se extienden más allá del círculo de mis consanguíneos.
- Enseguida debo recordar a mis maestros ya que mucho he aprendido de ellos. Tuve la suerte de haber convivido de cerca con figuras señeras de la medicina mexicana: Salvador Zubirán, Ignacio Chávez, Gustavo Baz,

Manuel Martínez Báez, Bernardo Sepúlveda, Manuel Velasco Suárez, José Laguna y, desde luego, Galo Soberón y Parra. En Wisconsin los doctores Philip P Cohen, Harold Deutsch, Henry Lardy y William McGilverly me prodigaron sus enseñanzas.

- Recuerdo cariñosamente a mis compañeros y a mí nos tocó contender con la expansión del conocimiento que se exacerbó en las últimas cinco décadas del siglo anterior; puedo afirmar que hicimos nuestra tarea.
- En gran estima tengo a quienes se consideran mis alumnos; si algunas enseñanzas pude darles, su curiosidad inquisitiva siempre ha sido un estímulo para continuar perseverando.
- Un recuerdo muy afectuoso para quienes colaboraron en mis afanes dentro de las instituciones que he servido.

No menciono nombres de unos y otros para no incurrir en omisiones pues la memoria ya suele darnos malas pasadas.

Quiero ahora también referirme a los numerosos amigos, fuera de mi círculo profesional, que la vida me deparó. Su apoyo siempre me dio aliento para esforzarme a fin de hacer honor a su confianza.

Por último quiero agradecer a Carlos Abedrop, entrañable amigo de muchos años y a Antonio López de Silanes, gran amigo también, por sus generosas palabras y a todos los presentes por su compañía en esta ocasión tan significativa para mí. A todos, muchas, muchas gracias.

